

PRESENTACIÓN

DON EDMUNDO O'GORMAN, 1906-1995

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

RENOVADOR Y REVOLUCIONARIO, DON EDMUNDO O'GORMAN y O'GORMAN significó un importante hito en la historia de la historiografía mexicana. Como profesor y como pensador transformó de muchas maneras el oficio de escribir, investigar y enseñar la historia. Como ha escrito Antonio Saborit en su excelente semblanza, O'Gorman fue “uno de los pocos ingenios auténticamente grandes en nuestra historia moderna”.¹

Nacido en el seno de una familia refinada y sensible, don Edmundo se familiarizó con las letras y el arte desde sus primeros pasos y creció en un México provinciano y pequeño, pero que cultivaba la universalidad. Lejos del culto a la especialización que se daría durante la segunda mitad del siglo, don Edmundo llegó a desarrollar gustos y habilidades casi renacentistas: pintura, arquitectura, música, filosofía, historia, literatura, geografía, derecho y política. Sabio y solitario que vivía casi frugalmente, como miembro del alto estrato de la sociedad mexicana gustaba de la vida social y hacía gala de frivolidad.

Durante el largo tiempo que tuve el privilegio de tratarlo, nunca le pregunté por qué había estudiado leyes si su

¹ Antonio Saborit: “El profesor O'Gorman y la metáfora del martillo”, en Enrique FLORESCANO y Ricardo PÉREZ MONFORT: *Historiadores de México en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 137-159.

vocación indudable eran las humanidades y las artes, pero imagino que, como muchos miembros de mi propia generación, hubiera contestado que era una especie de seguro de vida. Tuvo suerte de estudiar en la Escuela Libre de Derecho, que reunía en su claustro a los mejores juristas, a los cuales recordaba con respeto y cariño. En su casa se vivía, según contaba, dentro de una disciplina muy británica aplicada por su padre, el ingeniero de minas y pintor Cecil Crawford O'Gorman, la que seguramente se entrelazaba con una tradición muy mexicana, procedente del lado criollo de su madre. La educación que se había iniciado en ese hogar la iba a enriquecer el medio cultural del México de entonces, junto a muchos de los hombres de letras y artes que publicaron en la editorial Alcanía, que con gran amor iniciara junto a su amigo de casi toda la vida, don Justino Fernández. De ese ambiente llegué a tener algún atisbo en aquellas tardes o veladas en su casa de la calle de Reforma, en San Ángel, cuando me dirigía la tesis de maestría en la década de los cincuenta.

De cualquier forma, estudió y se licenció en derecho y ejerció la carrera con éxito, cultivando sus otros gustos en sus horas de ocio. Fue un buen litigante, lo que hizo que su práctica se convirtiera en parte de su naturaleza y lo inclinara toda su vida a desmenuzar argumentaciones y deshacerlas; esta habilidad, aplicada en sus debates historiográficos lo haría temible y lo convertiría en terror de los historiadores y de vez en cuando también de los extranjeros, pues algunos de sus debates, como los que sostuvo con Lewis Hanke y Marcel Bataillon, se harían célebres.

Según él solía contar, después de una década de ejercer la abogacía, un buen día de 1937 se dio cuenta de que la profesión le aburría y, sin más, les anunció a sus clientes que abandonaba el oficio y les devolvió sus documentos. Ya había hecho sus pinitos en la historia en las páginas de la Alcanía y, justamente por entonces, veía la luz su primera obra histórica y curiosamente la más reeditada, *Breve historia de las divisiones territoriales*, y traía ya entre manos un estudio de la utopía de Santo Tomás Moro y la edición de la obra de Joseph de Acosta *Historia natural y moral de las Indias*.

La decisión estaba tomada y, a pesar de sus éxitos económicos en la abogacía, estuvo dispuesto a ocupar el modesto cargo de subdirector del Archivo General de la Nación (AGN) que le permitiría entregarse a su vocación. En el archivo permaneció catorce años y sería el único puesto administrativo que ocuparía en su vida, desempeñado sin fastidiosas formalidades burocráticas. Los historiadores que lo conocieron entonces, como Woodrow Borah o John Phelan, recordarían con gratitud la valiosa colaboración que les ofreció en sus investigaciones y la hospitalidad que su familia les dispensó.

En el AGN pudo darse el gusto de explorar múltiples temas y publicar en las páginas del *Boletín del Archivo General de la Nación* pequeños ensayos iluminadores o la transcripción de documentos comentados y anotados. Así se inició en el arte de comentar, que habría de llevar a su máxima expresión y sus ediciones se han convertido en verdaderos modelos.

Aunque el contacto con el AGN y los libros comentados en el selecto grupo que lo rodeaba representaban un excelente entrenamiento para redondear su formación, decidió incorporarse como alumno en la Facultad de Filosofía y Letras, por entonces tan pequeña e instalada en el hermoso edificio de Mascarones. En esas aulas recibiría los grados de maestro, en 1948, y de doctor, en 1951.

En Filosofía, entró en contacto con distinguidos intelectuales mexicanos, y con refugiados españoles, en especial con don José Gaos, exrector de la Universidad de Madrid, quien iba a ejercer una influencia decisiva en él. En su seminario, don Edmundo sistematizó su conocimiento del pensamiento de José Ortega y Gasset y se introdujo en el de Martín Heidegger, lo que fortaleció su inclinación a la filosofía. La experiencia lo acercó al grupo de los filósofos y lo enajenó del “establecimiento” de la historia.

La llegada de los intelectuales españoles le inyectó savia nueva al ambiente cultural de México y, con su concurso, las instituciones patrocinadas por el espíritu emprendedor de Daniel Cosío Villegas, el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, que se aventuraron en la tarea de

traducir directamente al español grandes obras universales; aparecieron libros de Dilthey, Heidegger, Husserl, Marx, Jaeger, Vico, Mommsen, Friedlander, etc., empresa a la que don Edmundo iba a contribuir con sus traducciones del *Diálogo sobre la religión natural*, de David Hume; *Teoría de los sentimientos morales*, de Adam Smith; *El derecho divino de los reyes*, de J. N. Figgis; la *Idea de la Historia*, de Collingwood, y algunas otras.

Sus conocimientos y credenciales lo convirtieron, en 1940, en profesor de historia en la Facultad de Filosofía y en el Mexico City College, al tiempo que publicaba su edición anotada y prologada de la *Historia natural y moral de las Indias* de Joseph de Acosta. En ella cometió el sacrilegio de defender al jesuita del cargo de plagario que se le había endilgado. Y el O’Gorman que se había acomodado bien al ambiente filosófico de la facultad, tropezó de inmediato con la estrechez que privaba en el histórico. La historiografía mexicana, enferma de extremismos maniqueos y de otros “ismos”, padecía también del culto al documento inédito, sin juzgar su pertinencia.

De esa manera, en su camino aparecieron los abrojos, pues la universidad y la facultad, como la vida cultural y la ciudad, eran tan pequeñas que las pasiones estaban más a flor de piel y, aun para su personalidad altiva, resultaban hartamente molestas. El incansable lector de José Ortega y Gasset, Wilhelm Dilthey, Benedetto Croce y otros historicistas, chocaba con los estrechos horizontes de la mayoría de sus colegas tradicionales que, apegados a las verdades “objetivas” y apasionados por las filias y las fobias históricas, se sentían amenazados por sus inquietantes preguntas.

Mas al primer desacato de O’Gorman siguieron otros: se empeñó en dictar “cátedras raras”. Así, inició un curso de historia de la historiografía para mostrar las transformaciones en la interpretación histórica, de acuerdo con las ideas y creencias vigentes en cada época, y después otro de geografía histórica, para mostrar los cambios en la visión del mundo. Don Juan Ortega y Medina, tal vez el más destacado y productivo de sus discípulos, y uno de los que pagaría con muchas amarguras la lealtad al maestro, ha

dado cuenta en agradable prosa de aquellos tiempos en que don Edmundo estaba rodeado de “un cerco bilioso de obstinados eruditos” que osó entrevistar a sus alumnos para indagar lo que pasaba en su clase, sólo para descubrir la fascinación que O’Gorman despertaba en ellos.

Su procedencia y educación elitista le daban una seguridad que le permitía disfrutar de su fama de “monstruo”, por lo que, sin inmutarse, prosiguió con sus reflexiones sobre el tema americano. En 1942 apareció el primer producto de esta aventura intelectual, *Fundamentos de la historia de América*. Aunque el tema americano le había calado hondo, también exploró otros, y del seminario de Gaos surgió al año siguiente un sugerente ensayo, “La conciencia histórica en la Edad Media”. No obstante, seguía reflexionando sobre lo que sería el tema de su vida, y en 1947 apareció *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, seguido dos años más tarde por el vigoroso y tal vez el más difícil de sus textos, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica a sus fundamentos*, publicado en 1951, que culminaría en la obra que lo hizo célebre, *La invención de América: el universalismo de la cultura de occidente* (1958). Hoy, cuando la semilla de la renovación ha florecido y se ha multiplicado, es difícil explicar que sus inquisiciones y conclusiones resultaran tan ofensivas e inaceptables en su día y le ocasionaran tantos incidentes desagradables.

Como profesor y conferencista no tenía igual. Su erudición y exposición clara, con su atractiva y elegante personalidad y el manejo teatral de sus disertaciones, llenaba su aula de admiradores y fieles seguidores. Es posible que no todos entendieran el meollo de sus enseñanzas. Recuerdo que aun los que temíamos su crítica y sus exigencias no podíamos sino rendirnos al hechizo de sus exposiciones. Y el altivo y distante profesor, implacable fuera del aula, se tornaba amable y comprensivo con sus discípulos, muchos de los cuales se convirtieron en amigos para el resto de su vida.

Su cátedra era todo un espectáculo a principios de la década de 1950, pues junto a los alumnos regulares concurrían “Cuca la telefonista”, Guadalupe Amor y algunas otras personalidades extravagantes. Sus primeros semina-

rios atrajeron también a un alumnado diverso que reunía a los que nos iniciábamos en el oficio, con otros avanzados como Rafael Segovia y Elisa Vargas Lugo y profesores destacados como Arturo Arnaiz y Freg, Sergio Fernández y Juan A. Ortega y Medina. La temática del seminario abordaba lo mismo el análisis de la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de Las Casas y de otros cronistas, que las Actas de Cabildo de la Ciudad de México en el siglo XVI, o el comentario a las obras de grandes filósofos de la historia, como Fichte, Hegel o Marx. Seguir los textos bajo su dirección era fascinante y el horario asignado resultaba insuficiente para el interés que despertaban sus disquisiciones, de manera que el seminario se extendía muchas veces a meriendas y convites en los que su sentido del humor y su sarcasmo le daban una nota mundana a los intereses académicos.

En 1952, la UNAM le otorgó a don Edmundo el nombramiento de tiempo completo y, no sin nostalgias por los papeles polvosos, abandonó el AGN para dedicarse exclusivamente a escribir y enseñar historia. El traslado de la facultad a Ciudad Universitaria le permitió contribuir a la reforma del programa de historia y sus cátedras de Historia de la historiografía, Geografía histórica y Filosofía de la historia, antes optativas, pasaron a ser obligatorias. Los nuevos aprendices de historia no gozaron mucho tiempo del privilegio de oírlo, pues los grandes grupos de alumnos que empezaron a invadir la facultad a principios de la década de 1960 lo intimidaron. Al principio, recurrió a la ayuda de dos de sus discípulos —Ortega y Vázquez—, para que lo auxiliaran en la revisión de los numerosos trabajos y después, poco a poco, fue heredando sus clases. Temía, como resultó ser el caso, que la masificación de la enseñanza afectara la dedicación y, los resultados de la enseñanza y seguro de que la salvación de la vida académica estaba en los posgrados, se concentró en sus seminarios.

Estos se beneficiaron de su gusto por la lectura cuidadosa de textos y se convirtieron en un excelente taller de formación de jóvenes historiadores. Ese interés llevó a don Edmundo a enfrascarse en la preparación de múltiples ediciones

críticas; revisó su Acosta y emprendió las ediciones de Cervantes de Salazar, Antonio de Solís, Motolinía, Alva Ixtlilxóchitl, fray Servando Teresa de Mier, Zorita, Gage, Herodoto y Tucídides. Algunos de los estudios —Zorita y Gage— fueron realizados con sus alumnos de seminario y no llegaron a ver la luz, pero no dejaron de ser útiles para inyectar inquietudes en los que tuvieron la suerte de seguirlos.

La historia nacional y sus contradicciones también fue fuente de su reflexión y tema de muchos artículos y varios libros, entre ellos uno fundamental para los interesados en la fundación del Estado mexicano, *La supervivencia política novohispana* (1967) y un libro que merecería mayor atención porque encierra la interpretación de don Edmundo respecto del pasado mexicano en su conjunto, *México, el trauma de su historia* (1977). Una de sus últimas obras apareció cuando celebraba sus ochenta años, *Destierro de sombras; luz en el origen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac* (1986).

Coleccionista constante de libros, no sólo formó su excelente biblioteca de historia, sino que también fue el alma del repositorio que emprendió el Centro de Estudios de Historia de México Condumex. Estos empeños no impidieron que pintara hermosos bodegones, proyectara y construyera varias casas, tanto en Temixco, como en San Ángel, reuniera piezas de arte prehispánico y colonial y escribiera ensayos sobre el arte, llenos de agudas observaciones.

El hecho de haber cuestionado prácticas y creencias aceptadas, retardó que se le otorgara reconocimiento a sus contribuciones originales a la cultura mexicana; en un país que tanto los prodiga, recibió menos premios de los que merecía, pues sin duda debía haber pertenecido al Colegio Nacional. Se le otorgó, eso sí, el Premio Nacional de Letras en 1974, el de Historia Rafael Heliodoro Valle en 1983 y el Premio UNAM a la Docencia en 1986. También fue miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia (1964) y de la Academia Mexicana de la Lengua (1969) y recibió los doctorados *honoris causa* de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Iberoamericana. Profesor emérito del Sistema Nacional de

Investigadores y de la UNAM y miembro de su Junta de Gobierno, presidió también la Academia Mexicana de la Historia 1972-1987.

Todavía poco antes de su muerte, se reunía cada semana con sus alumnas del seminario y discurría lúcidamente sobre la situación política del país con sus discípulos y amigos. Sus leales alumnas lo cuidaron y lo acompañaron hasta el último momento.

Hasta el final, se empeñó en cumplir con el llamado que hizo en el discurso con motivo del premio Nacional de Letras en 1974: contribuir a que los mexicanos pudieran alcanzar “una conciencia histórica en paz consigo misma, o si se prefiere, de la convicción madura y generosa de que la patria es lo que es, por lo que ha sido, y que si tal como es ella no es indigna de nuestro amor, ese amor tiene que incluir de alguna manera la suma total de su pasado”.

Su empeño por aceptar la historia mexicana en su conjunto, como vía de comprensión del ser de México, la heredó a sus discípulos, a los que transmitió la pasión por descubrir “una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo, como nuestros amores”.

Para fortuna de la historia mexicana, la vida de Edmundo O’Gorman se alargó del 24 de noviembre de 1906 hasta el 29 de septiembre de 1995; y, salvo las últimas semanas la vivió en plenitud. En reconocimiento a su gran aportación a la profesionalización y renovación del oficio de historiar, un grupo de historiadores mexicanos y extranjeros, amigos y discípulos, dedican este número de *Historia Mexicana* a su memoria, como un homenaje a su legado a la historiografía mexicana.